

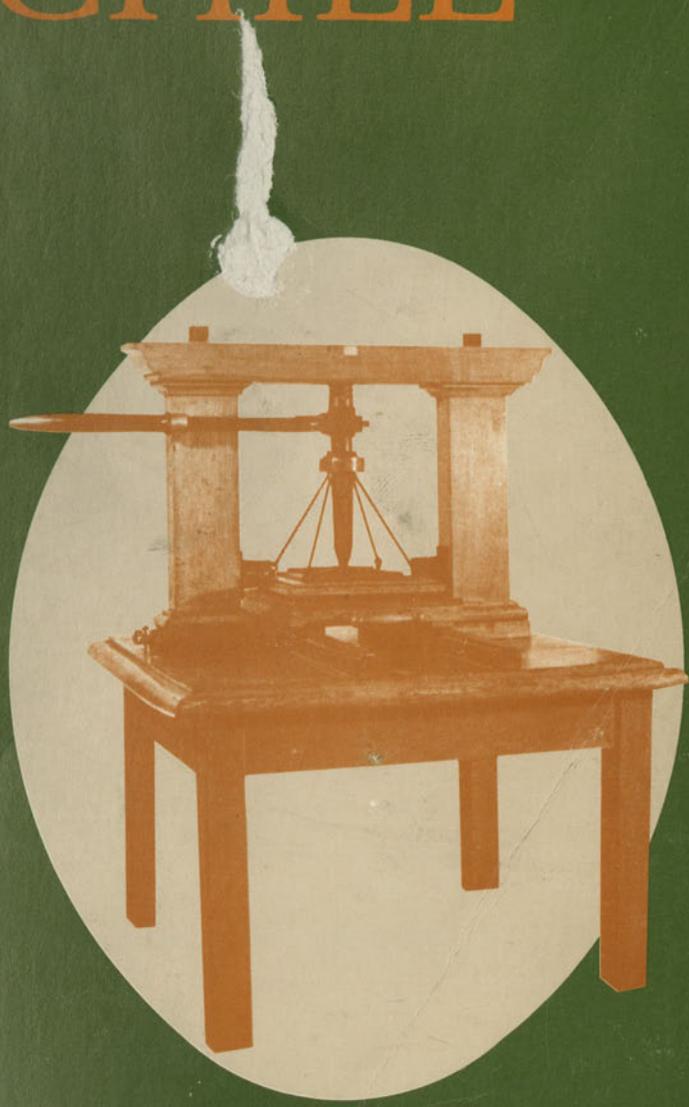
12 (818-)

# DIMENSION HISTORICA DE CHILE

NUMERO

# 3

HISTORIA  
DE LAS  
IDEAS



UNIVERSIDAD  
METROPOLITANA  
DE CIENCIAS  
DE LA EDUCACION



# DIMENSIÓN HISTÓRICA DE CHILE

Nº 3/1986



UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

DIRECTORA

Diana Veneros Ruiz-Tagle

COMITÉ EDITORIAL

María Angélica Apey Rivera

Patricia Arancibia Clavel

Dina Escobar Guić

Álvaro Góngora Escobedo

Santiago Lorenzo Schiaffino

Gonzalo Vial Correa

Aldo Yávar Meza

SECRETARIO EJECUTIVO

Álvaro Góngora Escobedo

La revista

DIMENSIÓN HISTÓRICA DE CHILE

es una publicación anual

del Departamento de Historia y Geografía

de la Universidad Metropolitana

de Ciencias de la Educación.

Su dirección postal es

Av. José Pedro Alessandri 774,

Santiago de Chile.

Pedidos a la Unidad de Finanzas

de la Universidad,

teléfono 2257731 anexo 377

Las opiniones expresadas por los autores

son de su responsabilidad

y no representan

la posición oficial de la Universidad.

© Universidad Metropolitana

de Ciencias de la Educación

Inscripción N° 59.108

DISEÑO DE LA EDICIÓN

Alejandro Rodríguez Musso

Rossana Bastías Castillo.

Impreso en los talleres

de Editorial Universitaria S. A.

San Francisco 454

Santiago

CHILE

# Sumario

DIMENSIÓN  
HISTÓRICA  
DE CHILE  
3/86  
La  
Historia  
de las  
Ideas

## ARTÍCULOS

11

ÁLVARO GÓNGORA ESCOBEDO  
El concepto de Burguesía  
en la Historiografía Chilena

63

PATRICIA ARANCIBIA CLAVEL  
Recepción y Crítica  
a "Raza Chilena":  
Los Comentarios  
de Miguel de Unamuno

99

GONZALO VIAL CORREA  
El Pensamiento Social  
de Jaime Eyzaguirre

## DOCUMENTOS

141

DINA ESCOBAR GUIĆ,  
JORGE IVULIĆ GÓMEZ  
Cartas Inéditas  
de don Juan Enrique  
Lagarrigue Alessandri  
a don Miguel de Unamuno:  
Un pasaje del Positivismo  
en Chile

DIRECTORA

Diana Veneros Ruiz-Tagle

COMITÉ EDITORIAL

María Angélica Apoy Rivera

Patricia Arancibia Clavel

Dina Jacobo Gutiérrez

Alvaro Góngora

Santiago

179

## TESTIMONIO HISTÓRICO

JUAN GÓMEZ MILLAS

Prólogo de Héctor Herrera Cajas.

Entrevistas

de Patricia Arancibia,

Álvaro Góngora y Gonzalo Vial.

225

## FICHERO BIBLIOGRÁFICO

Los Principales

Proyectos de Sociedad

planteados en Chile 1891-1973.

JORGE IVULIĆ GÓMEZ

241

## POLÉMICA

Alrededor de los Sucesos de 1973.

GONZALO VIAL CORREA

261

## RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS

279

## ADDENDA

AL FICHERO LAS RELACIONES

LABORALES

EN CHILE: 1810-1973

## Alrededor de los sucesos de 1973

GONZALO VIAL

**E**l profesor Cristián Gazmuri ha respondido a mi artículo “Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973”, publicado —dice Gazmuri, haciendo una pequeña profecía, afortunadamente incumplida— “en el primer y único número de la revista *Dimensión Histórica de Chile*”. Mi artículo es de 1984; la respuesta del profesor Gazmuri, de 1985 (revista *Opciones*, N° 6); y mi presente réplica corresponde a 1986... Cristián Gazmuri y yo nos tomamos nuestro tiempo, podrá apreciar el lector. Pero no importa: los temas debatidos son de trascendencia permanente, y merecen continuar este intercambio de ideas.

El comentario del profesor Gazmuri trasluce cierta molestia personal, debida quizás a sentirse —dice— como el historiador “a quien (Gonzalo Vial) más ataca” en el primer artículo de la polémica, a veces usando “argumentos” y a veces “sarcasmo”.

Protesto solemnemente de no haber querido ofender en ninguna forma a Cristián Gazmuri, ni hacerlo víctima de ningún sarcasmo. Tengo gran respeto por él, por el grupo de historiadores jóvenes al cual pertenece, y por la seriedad y profundidad de sus conocimientos y estudios. Si así lo dije en el artículo de marras, fue porque lo creía, como lo sigo creyendo, y no por ironizar.

Por mi parte, no entraré en materias personales, mías ni de nadie, ni haré alusiones a la vida política de hoy, pues —reitero— mi interés es sólo histórico y se detiene en 1973.

## ¿Qué es un historiador conservador?

Cristián Gazmuri se había referido a varios historiadores, entre ellos a mí, como “conservadores”.

Manifesté, ante esto, que lo que hacía o no hacía de una persona “un conservador”, era para mí un “misterio impenetrable”, y que, mientras tal misterio no se aclarase, consideraría el término o calificación de “conservador” como “una simple etiqueta, sin significado científico alguno”.

Entre las páginas 149 y 152 de su artículo, Cristián Gazmuri intenta, desgraciadamente sin éxito, resolver el “misterio impenetrable”.

Dice, v.gr. que Burke y Bainville son clasificados por “muchos” como historiadores conservadores, pero no nos explica por qué. “¿Considera, por ejemplo, don Gonzalo (me pregunta), que el enfoque histórico que hace Edmund Burke de la Revolución Francesa es rabiosamente revolucionario... o sospechará que es conservador?”. ¿Estará aquí la clave? ¿Todo quien no sea “rabiosamente revolucionario”, en esa materia, será conservador? Por supuesto, Cristián Gazmuri no ha podido querer decir una cosa tan extraña... pero continuamos ignorando qué es ser conservador.

En seguida, ni contradictor afirma: “Veamos un caso histórico. Durante la III República Francesa el sentimiento monárquico (y conservador) en Francia fue muy poderoso...”.

Pero ser “monárquico” y ser “conservador”, ¿son la misma cosa? Naturalmente no. Ahora bien, lo primero es un concepto muy definido; lo segundo, en cambio, el “conservantismo”, es lo que estoy pidiendo, inútilmente, que alguien defina.

Continúan los “casos históricos” de conservadurismo:

“Luego (en Francia) con el affaire Boulanger esa misma oposición conservadora a la República... estuvo de nuevo al borde de triunfar”.

Perfecto, pero... ¿por qué era “conservadora” la revolución de Boulanger?

¿Qué tenemos en común —para ser todos “conservadores”— Burke, Bainville, los monárquicos franceses, Boulanger y yo?

El profesor Gazmuri no lo explica; se va, en cambio, por las ramas:

“No pretendo cansar al público de una revista académica como ésta con una bibliografía sobre pensamiento e historiografía conservadora...”.

“Ahora bien, opino que ser conservador... es optar por determina-

dos valores... ¿Cuáles valores son éstos? Vamos, me parece que don Gonzalo Vial y el público lector de esta revista los conocen...”.

Pero no se dicen.

Finalmente, se ampara Cristián Gazmuri en Russell Kirk, para transcribir sus “seis cánones del pensamiento conservador”:

“a) la creencia de que un designio divino rige la sociedad y la conciencia humana, forjando una eterna cadena de derechos y deberes que liga a grandes y humildes, vivos o muertos...”;

“b) cierta inclinación hacia la proliferante variedad y misterios de la vida tradicional, frente a los limitativos designios de uniformidad, igualitarismo y utilitarismo...”;

“c) la convicción de que la sociedad civilizada requiere órdenes y clases”;

“d) la creencia de que propiedad y libertad están inseparablemente conectadas y de que la nivelación económica no implica progreso económico”;

“e) fe en las normas consuetudinarias y desconfianza hacia los ‘sofistas y calculadores’...”;

“f) el reconocimiento de que cambio y reforma no son cosas idénticas y de que las innovaciones son con mucha frecuencia devoradores incendios más que muestras de progreso”.

¿Serán conservadores los historiadores que creen estas seis cosas? Por mí, puedo decir que sólo suscribo uno de los cánones (el de la letra “d” arriba copiada), lo cual, seguramente, me hace pasar a la categoría de historiador “progresista”.

Por otra parte, suponiendo que lo dicho por Kirk defina un pensamiento conservador, y que tal pensamiento se refleje en una corriente historiográfica. Cristián Gazmuri debería probar además que Edwards, Encina, etc. (yo no, pues he quedado —según se ha dicho— de progresista) pertenecen a esa corriente, creen en los seis cánones de Kirk. Pero no hay tales pruebas... ni asomo de ellas.

Para terminar el análisis del punto, otra aseveración de Cristián Gazmuri a su respecto, demuestra la vaguedad, la imprecisión científica del enfoque que le da. Afirma:

“... el Partido Conservador (de nuestra República Autoritaria)... simplemente no se llamaba así, se le conocía como Pelucón. Los pelucones eran los conservadores... y... apoyaban cerradamente a los presidentes cuasi-monárquicos de entonces”.

En realidad, nada de lo transcrito es efectivo, y el profesor Gazmuri fue traicionado por su pluma al escribirlo.

Los conservadores no eran lo mismo que los pelucones.

Los conservadores no apoyaban el autoritarismo presidencial; al revés, por ser contrarios a ese autoritarismo se separaron del movimiento pelucón —o lo escindieron— y formaron tienda aparte. Los pelucones partidarios de los “presidentes cuasi-monárquicos” no los siguieron, sino que constituyeron el partido nacional o monttvarista. Tan poco autoritarios eran los conservadores que, para combatir a Montt, se aliaron a los liberales (la futura “fusión”), y mediante esta alianza torpedearon la candidatura presidencial de Antonio Varas; lograron —en José Joaquín Pérez— un supremo mandatario “blando”; y abrieron paso a las reformas antipresidencialistas de los años 70 y siguientes. Todas ellas fueron apoyadas por el Partido Conservador; los diferendos entre éste y el liberalismo giraron sólo en torno a las “leyes laicas” y la secularización; y la coincidencia política entre ambos sectores quedó redemostrada y sellada por su común combate contra Balmaceda. El gran teórico del balmacedismo y el presidencialismo, Julio Bañados, pudo decir por eso, con justicia, que el Partido Conservador era “radical absoluto (es decir, liberal extremo) en las cuestiones que no lastimaban sus creencias (religiosas)”<sup>1</sup>.

No es, entonces, por el lado de los conservadores chilenos —los política e históricamente tales— que el profesor Gazmuri logrará definir el “conservantismo” —doctrina, ideología o tendencia—, como él cree.

Sigue, pues, el “misterio impenetrable” a que aludía mi primer artículo; continúa sin saberse qué hace “conservador” a un historiador.

Si he insistido en este punto, es por tres motivos que juzgo dignos de consideración.

□ Porque la “etiqueta” de conservantismo es a menudo, sencillamente, una forma vacía de descalificar a priori lo que dice un historiador, sin darse la molestia de analizarlo... nada menos, ni nada más, que —al otro extremo— el llamar “marxista” a alguien para obviarse el trabajo de estudiarlo o refutarlo científicamente. No

<sup>1</sup> Bañados Espinoza, Julio; *Balmaceda y su gobierno*. T. I. Librería de Garnier Hermanos, París, 1894. p. 107.

importa nada que un historiador sea motejado de conservador o de marxista; lo importante es si dice la verdad y la demuestra.

□ Porque la sobredicha etiqueta, en el caso específico de Chile, presenta el peligro adicional de confundirla (como, acabamos de ver, hace Cristián Gazmuri) con el conservantismo histórico de nuestro país. Vale decir, con un partido que —en lo político, económico y social (salva la minoría socialcristiana)— resultaba indistinguible del liberalismo, y sólo se separaba de éste en cuanto los conservadores eran confesionalmente católicos por lo tocante a las relaciones entre la Iglesia, de una parte, y la sociedad, el Estado y las leyes, de la otra.

□ Porque, calificado alguien de “conservador”, se concluye *a priori* que necesariamente debe pensar esto y aquello, y si no lo piensa, ni lo dice, y aún si piensa y dice lo contrario exacto, de todos modos se lo hace calzar en el zapato chino de ese apriorístico “deber ser” conservador... No insisto en este punto pues, en otra parte del presente ejemplar de *Dimensión Histórica*, hallará el lector un estudio mío sobre el pensamiento social de Jaime Eyzaguirre, que comprueba lo que afirmo... las prestidigitaciones históricas a que conduce la manía de las etiquetas.

Y tengo un ejemplo más cercano —y también un afectado más inmediato: yo mismo— de estas “prestidigitaciones”. He escrito mil quinientas páginas demostrando la decadencia de la clase dirigente en Chile, entre 1891 y 1920... su frivolidad, su desidia, su corrupción, su uso irresponsable del poder absoluto que detentaba y los males que causó al país, especialmente al dejar sin solución los agudísimos problemas sociales de la época. Pues bien, ¿cómo resume Cristián Gazmuri los dos volúmenes de mi *Historia*? Así:

“... Mientras Chile fue gobernado sin contrapeso por una minoría oligárquica, hubo éxito histórico, consenso, cosmovisión común, convivencia nacional sólida. Desde que esa oligarquía perdió el control del país, entramos en una decadencia lamentable...” (pp. 156-157).

Y comenta: “¡No sabrá lo que es ser conservador don Gonzalo!” (p.156).

No, no lo sé. Ni el profesor Gazmuri tampoco. Porque alucinado por mi supuesto conservantismo, no sólo lee lo que nunca he escrito,

sino que lee *lo contrario* de lo que efectivamente he dicho: como Vial es conservador, tiene que haber afirmado lo que se le adjudica, aunque en verdad su afirmación sea precisamente la opuesta. La etiqueta manda.

## Crisis y decadencia en 1973

El otro punto crucial de las discrepancias que tengo con Cristián Gazmuri, es el relativo a la honda decadencia que —a mi juicio— culminó en la violenta destrucción de nuestro régimen sociopolítico, el año 1973.

Para Gazmuri, este régimen no se halla muerto, sino en “crisis”. Debo suponer que ello implica una futura superación de la crisis —o por lo menos la posibilidad de tal superación— y el correlativo retorno a un sistema sociopolítico fundamentalmente *idéntico* al de 1973. Pues si el régimen por venir fuere fundamentalmente *distinto* del que existía en 1973, entonces el último habría muerto ese año (como creo que, en efecto, murió), y por ende su decadencia no admitiría discusión.

Ahora bien, una convicción como la de Cristián Gazmuri —que el sistema de 1973 continúa vivo, aunque invisible, y volverá en gloria y majestad— no es Historia, es una Fe Política, respetable pero indemostrable. Como es indemostrable, Cristián Gazmuri —para darle fundamento— tiene que combatir el concepto de decadencia pre-1973. Al efecto, por un lado rebate los síntomas de esa decadencia que yo aduzco, y por el otro exhibe señales de éxito de lo que, en un segundo artículo<sup>2</sup>, llama “una república mesocrática consolidada y estable”.

En el primer orden de argumentos, mi contradictor:

- A. Acepta que el conflicto políticosocial de 1973 no tuvo salida pacífica y jurídica, ni alternativas sino la guerra civil o el golpe militar, y que éste —de hecho— fue considerado la mejor solución por la mayoría de los chilenos (p. 154).

Sin embargo, ello no significaría “decadencia” sino “una crisis sociopolítica de grandes dimensiones”(ibídem).

¿No estaremos jugando con las palabras? ¿No habrá el espesor de un pelo entre ambos conceptos, no será el segundo sólo el nombre

<sup>2</sup> Gazmuri, Cristián; *La historia de Chile republicano ¿una decadencia?* En revista Alternativas (hoy Opciones), número especial, junio de 1984, p. 117.

elegante para que el primero resulte más diluido, menos difícil de tragar? ¿No se hallará en “decadencia” una “república mesocrática consolidada y estable” que no tiene más alternativa para la guerra civil que el golpe militar, a mejor abundamiento deseado por la mayoría de los ciudadanos?

● B. Rechaza luego Gazmuri que la larga duración del régimen militar indique la decadencia de su predecesor.

“Veamos —dice— (como la letra del tango) ¡si 11 años en la Historia no es nada!” (p. 154).

(En ese tiempo eran 11; ahora van para los 14...).

Y da luego algunos ejemplos que, aparte los muy recientes (¿quién podría asignar permanencia a lo que sucede hoy en Argentina y Uruguay?), no hacen sino confirmar lo que sostenía mi artículo inicial: que las “restauraciones” no existen; que régimen sociopolítico que se va, no vuelve... Habla Gazmuri, efectivamente, de los doce años de Hitler; los veintidós de Mussolini; los cuarenta de Franco. Sí, pero, ¿volvieron la República Española del 31, la Casa de Savoya, la República de Weimar? ¿Se equiparan política y socialmente ésta y la RFA de Adenauer y Erhard; la Italia post-Primera Guerra Mundial y la post-Segunda Guerra Mundial; los socialistas incendiarios de Largo Caballero y el socialista-capitalista Felipe González?

Once, doce, trece años de “suspensión”, son ya mortales para un régimen politicosocial. Sólo ocho vimos correr entre 1924 y 1932; el cambio, durante ellos, fue además muy inferior en intensidad al post-1973; y sin embargo la sociedad y la política entre la primera y la segunda presidencia Alessandri exhiben alteraciones profundas. Por supuesto (y así lo observaba mi artículo inicial), no *todo* cambia, pero la supervivencia de instituciones y caracteres propios de la idiosincrasia nacional, desde comienzos del XIX hasta la actualidad, no significa —ciertamente— que el país haya tenido siempre el mismo régimen sociopolítico.

Lo que sucede es que el profesor Gazmuri piensa nuestra Historia contemporánea con una obsesión política: el retorno de las formas democráticas. Evidentemente, esto es común —v.gr.— a la España pre y post-Franco... pero es lo único común. Todo lo demás es distinto, y en último grado: de República revolucionaria a Monarquía constitucional; de economía subdesarrollada a economía europea; de socialismo marxista y extremo (como decíamos) al “socialismo” que el empresariado aplaude; de comunismo amenazante a

comunismo acorralado; de aristocracia potente y prepotente a un país de clase media; de religiosidad católica militante, o ateísmo igualmente extremo, a la indiferencia y a la legalización del divorcio y del aborto, etc.

Es posible, también muy posible (pero no es la única posibilidad), que nuestro régimen sociopolítico del futuro retorne a las formas democráticas: correspondería a la tradición del país. Pero el régimen mismo no volverá. Toda crisis es superable; toda decadencia, reversible... mientras no llega la muerte; ésta será motivo de lamentación o motivo de regocijo, según las diversas posturas políticas; pero es definitiva, y así lo confirma la Historia de cualesquiera pueblos, épocas o lugares.

- C. No da importancia el profesor Gazmuri, por último, a “las instituciones, prácticas y realidades en general que *desaparecieron* el 11/IX/73” (p. 155).

Que esa “institucionalidad respetable y respetada, dentro y fuera de Chile”, ese “perfeccionamiento real de nuestra democracia política” (p. 156), cayeran súbita y totalmente, sin resistencia, y se evaporasen como si no hubieran existido nunca... todo eso, para Gazmuri, nada indica sobre el estado de salud del régimen sociopolítico el año 1973.

Aprovecha Cristián Gazmuri para hacer un juego de palabras (un tanto macabro, claro, pero cada uno se divierte como puede), manifestando —dice— “mi sorpresa de que don Gonzalo no mencione u olvide las únicas (desapariciones) que son definitivas (y)... efectivamente... un signo de decadencia, pero no histórica sino moral, y no de los hombres que nos gobernaron durante el Chile democrático, sino de los que lo han hecho durante la dictadura: la desaparición de varios centenares de chilenos, quizás millares... Mi modesta opinión es que esas desapariciones no ayudan a probar la decadencia del Chile ‘anterior’ al 11/IX/73” (p. 155).

Prescindiendo de que el profesor Gazmuri no leyó con atención mi artículo (pues entre las “desapariciones” de 1973 menciona éste, específicamente, la de “una gama íntegra de libertades públicas y personales... innegablemente más amplia y perfecta que después de ese año”), su tirada está confirmando el cambio cualitativo experimentado por el país post-1973, uno de cuyos aspectos esenciales es justamente el que Gazmuri subraya: la acelerada espiral del odio y la violencia. Ciertamente no iniciada el 73, sino (aunque mucho menos intensa) a fines de los 60; cierto que constituida no sólo por los

excesos de la represión, sino asimismo por los del terrorismo. Pero esa espiral... ¿significa o no un cambio sustantivo de la sociedad y la política? Lo que pasa es que Cristián Gazmuri es políticamente partidario del régimen en vigor hasta 1973 y políticamente enemigo del que lo sucedió, y supone ser mi posición exactamente la inversa. No hay tal; no trato de Política, sino de Historia. ¿Era mejor aquel régimen que éste? ¿Era peor? No estoy hablando de eso, sino de que el primero, el de 1973, ya murió. Y Gazmuri, sin advertirlo, me da la razón con su fúnebre "calembour" sobre las desapariciones: ni la sociedad ni la política de hoy, ni por ende las de mañana, son ni serán similares a las del 73. Y ello, entre otros motivos, porque el odio, la violencia, la muerte de origen ideológico, etc., han cobrado una carta de ciudadanía que antes no tuvieran.

Así, por lo demás, lo hice notar en mi artículo de 1984. Para 1973, decía, allí, no quedaban "ni vestigios" del "promisor espíritu de tolerancia y pluralismo" de los años 50. "Afirmándose, en sustitución, la necesidad imperiosa de liquidar al adversario ideológico y político"... el "clima de guerra civil".

En su segunda línea de argumentación, Cristián Gazmuri da algunas pinceladas para acreditar que el Chile anterior a 1973 tenía aspectos positivos.

Esto es así, sin discusión, y además un lugar común de la Historia desde San Agustín: ninguna sociedad es *enteramente* mala; todas presentan rayos de luz. Pero ello no obsta a que puedan hallarse en decadencia. La decadencia consiste, como indicaba mi artículo inicial, en que el régimen sociopolítico, enfrentado a problemas graves, *no pueda superarlos sin que la solución pase por la destrucción del propio régimen*. Tal sucedió el año 73, según el profesor Gazmuri (veámos) reconoce.

Sin embargo, en esa pintura optimista del pre-73, hay un aspecto que, por los datos de que dispongo, simple y sencillamente no es efectivo, aunque reconozco no haber completado los estudios necesarios para hacer de esta negación algo definitivo. Dicho aspecto es el referente al estado económico-social del país, antes del golpe militar.

Después de 1973, ¿han mejorado las cosas? ¿Han empeorado? Esto, reitero, de enorme interés político y sociológico, es *irrelevante para explicarse históricamente lo sucedido aquel año*. Las raíces históricas del 73 se hallarán, por supuesto, en su pasado, no en su futuro. No hago, pues, apología ni crítica del régimen post-1973; intento, simplemente, explicarme por qué sobrevino.

## Situación económico-social de Chile, en 1973.

Con anterioridad a 1920, esta situación era horripilante para los sectores más desposeídos, quizás de las peores del mundo. Creo haberlo demostrado ampliamente en mi *Historia*, y el profesor Gazmuri se halla de acuerdo.

Pero él supone que después de ese año, y en particular después de 1932, la “república mesocrática consolidada y estable” habría generado grandes progresos en dicha situación, sobre todo comparativamente, en el contexto de América Latina.

Esta creencia es común. “Chile objetivamente no era un polvorín, donde cualquier consenso fuese imposible”, dice otro joven sociólogo-historiador contemporáneo<sup>3</sup>.

Veamos tres facetas básicas del panorama social de 73: economía, educación y salud.

### ECONOMÍA

● Gazmuri dice que el lapso 1932-1973 tuvo un crecimiento promedio del producto nacional ascendente al 3% por año, y lo califica de “significativo”.

Mi impresión es distinta, por lo menos respecto al período post-radical o post-1950, el de agudización de la “crisis” o “decadencia”. Efectivamente, entre 1952 y 1970<sup>4</sup>, el PGB *per capita*, medido en moneda local de valor constante, subió al ritmo promedio de 1,9% anual. La insuficiencia de ese ritmo se aprecia si consideramos lo que sigue:

Fue el mismo, para igual época, que el de los Estados Unidos. Este país, superdesarrollado, naturalmente, no necesitaba crecer con igual rapidez que un país pobre como Chile.

El modesto crecimiento *per capita* de Chile entre 1952 y 1970, se hace menos convincente aún si se piensa que entonces nos hallábamos favorecidos con un aumento de la población bastante inferior al de la generalidad de Latinoamérica: 2,2% anual, contra el 2,6% de Paraguay, 2,9% de Brasil y Perú, 3,1% de Ecuador y Colombia, 3,4%

<sup>3</sup> Tironi, Eugenio; *Consenso, crisis y reedificación democrática*. Mimeógrafo, Centro de Estudios del Desarrollo (C.E.D.), Santiago, 1984, p. 8.

<sup>4</sup> Prescindo del período 1970-1973 —cuyas cifras económicas son tanto positivas (distribución del ingreso) como negativas (inflación)—, atendida la anormalidad político-social de esos años.

de México, etc. El aumento poblacional fue menor que el chileno sólo en Uruguay, Bolivia (muy levemente) y Argentina.

El incremento del producto *per capita* se ve beneficiado —casi es innecesario decirlo— si la población crece lentamente, y desmejorado si lo hace rápidamente.

En seguida, el progreso económico de Chile, estos años, no dependía sino en un mínimo de la actividad del régimen sociopolítico, siendo su determinante casi única el precio internacional del cobre... que por supuesto no se relacionaba para nada con la mejor o peor organización de nuestra sociedad. Pruebas al canto: aquel progreso, la década de los 50, fue inferior a la mitad del que vería la década siguiente. ¿Por qué? Porque (en moneda de igual valor) el primer decenio tuvo un cobre que nunca subiría de US\$ 1.50 la libra, al paso que durante el segundo decenio llegaría a los US\$ 2.10 la libra.

Para concluir, la mediocridad de nuestra economía, en el período 52-70, se ratifica con esta reflexión: esos años, y ambas décadas, se dieron precios del cobre que no se veían desde la Primera Guerra Mundial, y sin embargo crecimos al lento ritmo anual ya dicho: 1,9%.

No aprecio nada enorgullecedor, pues, en el crecimiento económico del país durante los años álgidos de la “crisis” o “decadencia” interna.

Al revés, pienso que se repitió entonces el fenómeno señalado por Mamalakis para Chile, en los primeros años del siglo: desaprovechamiento de una histórica oportunidad de desarrollo, dada por los excelentes precios internacionales de nuestra exportación básica.

Hasta el instante hablamos de crecimiento pre 1970. Pero, ¿cómo se distribuía ese crecimiento, y en general todo el ingreso?

La distribución era tan regresiva, que puede afirmarse sin temor a errar (y con alta posibilidad de quedar bajo la realidad) que un 20% a un 25% de la población no tenía el ingreso necesario para comer el mínimo adecuado (calorías y proteínas) a una supervivencia digna, según standards internacionales de la OMS (Organización Mundial de Salud). Un reciente estudio de la Comisión Económica del Partido Socialista —cuyo acento, por supuesto, es más atacar al actual régimen que a su antecesor— fija ese porcentaje, sin embargo, no en

mi “conservador” (en algo tendré que ser conservador) 20% o 25%, sino en un 47,6%, para 1968<sup>5</sup>.

## EDUCACIÓN

● Gazmuri reconoce “un nivel cultural dispar”, pero éste, agrega, “produjo figuras de categoría mundial como la Mistral, Neruda, Huidobro, Arrau, Matta y otros de menor renombre...”.

De entrada, la enumeración es heterogénea, y algunos de sus ítems nada dicen sobre la *generalidad* de la cultura en el país, que es lo históricamente importante. V.gr., Arrau, niño-prodigio de la música, abandonó Chile impúber y no ha vuelto: ¿qué significado podrá tener su ejemplo, para los fines que nos preocupan? Huidobro, Matta, de familias aristocráticas, y la del primero además inmensamente rica, ¿representan el común “nivel cultural” de Chile? Neruda y Gabriela Mistral son, sí, fruto de nuestra educación pública... pero de nuestra educación pública en el período oligárquico, pre-1920: este año, Gabriela ya había escrito los *Sonetos de la muerte* y Pablo Neruda parte del *Crepusculario*.

La verdad es que, después de 1920, la educación chilena se estancó (según señala Juan Gómez Millas en este mismo ejemplar de *Dimensión Histórica*), y que en 1950-1960 sólo vivía del recuerdo y de la labia engañadora (aunque siempre eficaz, reconozcámoslo) de nuestros pedagogos. El fenómeno tuvo una prueba numérica e irrefutable para la enseñanza básica, cuando los gobiernos de Frei y Allende hicieron auténtica su “obligatoriedad”, que existía ya en la letra de la ley, solemnemente, por casi medio siglo... Dejó entonces de rechazarse alumnos básicos por “falta de matrícula”, y ésta dio un salto espectacular:

1964	1.435.800
1973	2.383.600

Incluso descontando los alumnos de los antiguos 1° y 2° años de “humanidades”, incorporados ahora a la básica en sus años 7° y 8°; incluso descontando, además, el crecer natural de la matrícula por el aumento vegetativo de la población, resulta indiscutible que, en 1964, un 25% de la niñez chilena, cuando menos, *no recibía* la enseñanza mínima, obligatoria según la ley.

<sup>5</sup> En revista Apsi N° 182 (suplemento Economía, año I, N° 12, julio de 1986).

25%... porcentaje recurrente en nuestro análisis de los chilenos que, hacia los años 70, estaban al margen de los más indispensables beneficios sociales.

Se nos dirá que, después de 1964, el país enfrentó el problema. Pero, sin negar la magnitud del esfuerzo, ya era demasiado tarde. Los procesos educativos necesitan un cierto número de años, que en este caso no alcanzaron a completarse antes de que el régimen socio-político se desintegrara<sup>6</sup>.

## SALUD

● He aquí otro de los mitos nacionales... el avance de la salud bajo la “república mesocrática consolidada y estable”. Se suele citar “el descenso acelerado de la mortalidad infantil”, “el aumento también espectacular de las posibilidades de vida al nacer” (Gazmuri, p. 156) y otros hechos comunes a la mayoría de los países durante el siglo XX, y debidos a los progresos mundiales de la medicina y de la higiene... no, ciertamente (salvo en una proporción mínima), a la “república mesocrática consolidada y estable”. Y cuando aparecen estadísticas más sombrías, se responde prestamente que ello tiene por explicación la fidelidad y sinceridad de las nuestras, mientras que los restantes países de Latinoamérica no llevarían bien las suyas, o las falsearían.

Pero la Organización Panamericana de la Salud, filial de la OMS (entidades oficiales, ambas, de las Naciones Unidas), tuvo en 1967 el mal gusto de estudiar sanitaria y médicamente doce ciudades del mundo, diez de ellas latinoamericanas, mediante el análisis de sus respectivas mortalidades, y de las causas de éstas. Al efecto, se tomaron las cifras de 1962-1964. Las ciudades escogidas, en Latinoamérica, fueron Bogotá, Cali, Caracas, Ciudad de Guatemala, La Plata, Lima, México, Ribeirao Preto, São Paulo... y Santiago de Chile.

Interesa anotar el por qué haber sido seleccionadas precisamente estas urbes:

porque sus estadísticas de mortalidad eran confiables, y

<sup>6</sup> Por lo demás, el proceso de ampliación de la matrícula básica no fue acompañado de la inyección de recursos humanos, materiales y financieros indispensables para que tuviese éxito. Esto, las modificaciones repentinas e inconsultas de planes y programas, y el cambio de orientación politicosocial ocurrido en 1970, acarrearón una violenta caída en la *calidad* de la enseñanza básica.

porque adicionalmente, cabía verificar en forma muestral las causas de muerte registradas, llegando hasta las historias clínicas de los fallecidos (como se hizo).

Santiago anotó en el estudio los siguientes records latinoamericanos:

La más alta mortalidad general.

La más alta mortalidad general de hombres: 980,9 por cada 100.000 situados entre los 15 y los 74 años. La ciudad siguiente registra 793,9.

La segunda mortalidad general de mujeres en los mismos rangos de edad.

La más alta mortalidad masculina por tuberculosis en todas sus formas: 92,5 por cada 100.000. La ciudad siguiente anota 87,1.

La más alta mortalidad masculina por influenza y neumonía: 46,7; la ciudad siguiente: 31,9.

La segunda mortalidad femenina por influenza y neumonía.

La más alta mortalidad masculina por cirrosis hepática (alcoholismo): 153,2; la ciudad siguiente: 110,2.

la más alta mortalidad femenina por cirrosis hepática: 44,6; la ciudad siguiente: 36,9.

La más alta mortalidad masculina por suicidio: 31,3; la ciudad siguiente: 20,8.

La más alta mortalidad femenina por partos y complicaciones del embarazo, nacimiento y puerperio: 30,3; la ciudad siguiente: 26,2. A destacar, dentro de ese guarismo, la más alta proporción de fallecimientos maternos por aborto... el doble de la ciudad que sigue.

La más alta mortalidad masculina por accidentes: 100; la ciudad siguiente: 96,5.

La más alta mortalidad femenina por accidentes: 19,6; la ciudad siguiente 19,4.

Agrupemos ahora las causas de muerte cuya relación con el estado socioeconómico de las ciudades es más obvia: tuberculosis en todas sus formas; otras enfermedades infecciosas y parasitarias; males respiratorios; cirrosis hepática; accidentes; suicidios y homicidios:

FALLECIMIENTOS POR ESTAS CAUSAS, CADA 100.000 HOMBRES ENTRE 15 Y 74 AÑOS

ID., MUJERES

Santiago	499,2 (1ª)	129,2 (3ª)
México	339,9	106,2
Rebeirao Preto	300,2	125,7
C. de Guatemala	289,1	96,2
Bogotá	233,8	166,5
Cali	233,1	138,3
Lima	227,7	108,7
Caracas	193,8	66,5
São Paulo	170,9	66
La Plata	149,8	45,1

Las cifras anteriores<sup>7</sup> se comentan solas. Pero subrayemos algunos aspectos.

En ellas confluyen, conformándolas, todos los elementos que estructuran básicamente una sociedad: nacimiento, familia, nutrición, ingreso, higiene, educación, servicios sanitarios, atención médica y hospitalaria, justicia, policía... cada cual pone su grano de arena para alcanzar guarismos tan desoladores. Aumenta el desconuelo leer, por ejemplo, que el 90% y más de las muertes maternas era evitable<sup>8</sup>.

Son cifras de 1964... a seis años de la Unidad Popular, a nueve del golpe militar. ¿Constituyen ellas una situación socioeconómica mínimamente satisfactoria? ¿Justifican una sensación de optimismo, de progreso, en el curso del siglo XX? ¿Representan un espaldarazo para el estado de la economía y para el régimen político y social de la "república mesocrática consolidada y estable"?

<sup>7</sup> Pan-American Health Organization; Rice, Ruth y Griffith, G. Wynne; *Patterns of Urban Mortality*. Pan-American Sanitary Bureau, Regional Office of the World Health Organization, Scientific Publication N° 151, Washington, D.C., U.S.A. september 1967. pp. 41, 42 y 181.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 169.

□ Son, por fin, cifras comparativas con las de América Latina, no informaciones aisladas de Chile, y —en este respecto— muestran no la superioridad que solemos suponer, sino al revés, una abierta inferioridad.

Debo decir, no obstante, que tampoco creo científico parangonar la miseria de un país con la de otro. El nivel de vida que es socialmente explosivo en un suburbio santiaguino, puede no serlo en una comunidad indígena o campesina del Perú, México o Colombia, sostenida por estructuras inmemoriales: étnicas, religiosas, etc., que nosotros nunca tuvimos o que hemos perdido. Pero, de cualquier modo, estar a la cabeza de Latinoamérica —con un 50% de ventaja— en el conjunto de las enfermedades mortales de origen socioeconómico, es una “distinción” que *algo* debe significar...

Pienso, sin embargo, que la situación acreditada por estas cifras no es propia de todo el conglomerado social, sino de aquella parte —aquel 20% o 25% tantas veces aludido— marginada del progreso del resto y en la cual, naturalmente, las estadísticas tendrían que ser *todavía peores*, para alcanzarse *como promedios globales* los ya abismantes guarismos de la Organización Panamericana de la Salud.

## ¿Cerrando la puerta a la luz?

Con los datos proporcionados en las páginas anteriores sobre economía, educación y salud, me parece sostenible, por lo menos, —por lo muy menos—, que el país, hacia los años 70, aún tenía un segmento considerable de su población sumido en una miseria material y también moral (ignorancia, ilegitimidad, aborto, desesperanza que lleva al suicidio, etc.) incompatible con la perfección de las formas democráticas alcanzada paralelamente.

Un caso clásico de desarrollo inarmónico, de los señalados por Toynbee como causa de crisis y decadencia (y eventualmente, de muerte) de las civilizaciones.

Así lo dijo mi artículo inicial.

Indiqué también la posible responsabilidad, en este desarrollo inarmónico, del régimen de partidos políticos vigente hasta 1973, en cuanto refugio e instrumento de grupos de presión, y por otras características del partidismo nacional que asimismo resumí.

Anoté igualmente circunstancias adicionales que, a mi juicio, habían concurrido a generar los sucesos del 73.

Todo, advertí, de modo tentativo, provisorio, como una especie de documento de discusión.

Mas a Cristián Gazmuri, por razones políticas que respeto, pero que están fuera de la ciencia histórica, no le cabe siquiera admitir la posibilidad —ni aun a título hipotético— de que el régimen político y socio-económico de Chile, el año 1973, hubiese caído en decadencia irreversible. Aparta entonces todos mis argumentos, no con sus respectivas refutaciones, sino con un gesto de colérica impaciencia:

“... Una serie de consideraciones, más que históricas políticas, que como argumentos me parecen sesgados, vagos, parciales, subjetivos... y muchas veces usados fuera de contexto. No me referiré especialmente a estas ‘nuevas causas’. Creo que con haber leído la prensa oficialista de estos últimos 11 años basta” (pp. 155-156).

¿Por qué cerrarse a la discusión? ¿Por qué no demostrar los vicios de mis “nuevas causas”? ¿Por qué no merecen análisis histórico las cosas que trae la “prensa oficialista”? Confío en que, con los elementos ahora aportados, el profesor Gazmuri crea de interés confirmar o refutar mi visión del proceso culminado en 1973 y así avancemos todos hacia un mayor y mejor conocimiento de nuestro siglo XX.



**E**ste número del Anuario  
ha sido dedicado a un tema  
tan amplio y complejo  
como resulta ser  
el de la Historia de las Ideas.

Sin pretender  
siquiera superficialmente desplegar  
el abanico de posibilidades que  
desde la perspectiva historiográfica  
puede ser exhibido,  
nos contentaremos con incursionar  
horizontalmente sobre los conceptos,  
ideas, percepciones,  
corrientes de pensamiento,  
personajes notables,  
que animaron  
el móvil devenir histórico de Chile  
de comienzos de siglo.

